



FRENESÍ

Kal-El Bogdanove



Ahora el viento le venía de atrás. Era un buen indicador de que tenía por delante un planeo agradable. Para Alden Moss era como una bendición, allí parado en el borde del risco, mientras cerraba los dedos de los pies y dejaba que el suelo arenoso, seco, se escapara flotando en nubecitas que se perdían en la nada a sus pies.

Alden sabía que había suelo allí abajo. Lo había caminado, había aterrizado en él y había llevado a una chica bonita del lugar para besarse un rato. Pero en las mañanas como esta, cuando la luz todavía no tocaba el pie del cañón, le gustaba imaginar que no había suelo, como si estuviera por saltar a un abismo tan infinito como el espacio y dominarlo.

El sol no había salido del todo aún, pero los primeros haces del amanecer comenzaban a filtrarse, manchando las nubes color perla y cobalto. La luz que había bastaba para un chico con buena vista. Verificó las correas de la estructura por última vez, como su padre le había enseñado hacía años, y saltó.

El silbido del viento llenó el planeador. Los picos de los riscos ahora eran dorados y parecían extenderse infinitamente en un mar fractal interminable de estratos apilados, cañones espiralados y altiplanos secos: una maravilla geológica como ninguna otra.

Alden tiró hacia arriba y voló rasante a la altura de los riscos mientras entraba y salía de la luz del sol como un pez que salta corriente arriba. Atrás quedaron las preocupaciones: la universidad, sus padres, el reclutamiento... el otro reclutamiento. Todo eso había quedado en tierra. Aquí arriba, con el viento en los pulmones, en las alas del planeador, en los oídos... Alden era libre.

El sonido, cuando le llegó, fue tan silencioso en comparación con el rugir del viento: un ruido apenas audible, distante. Sin embargo, penetró los huesos de Alden como ningún otro sonido en sus veinte años de edad.

Tekeli-li.

No podía ser. ¡El aire era suyo! Su mente debería estar despejada, su corazón, tranquilo... ¡El amo del abismo! Y, sin embargo, le llegó de nuevo, esta vez más fuerte...

¡Tekeli-li!

...detrás de él. Alden giró el cuello pero tenía el sol atrás y las alas amplias del planeador, esas alas que alguna vez sintió como parte de su propio cuerpo, ahora le parecían puntos ciegos inexorables. ¡¿Qué podría haber aquí arriba con él tan temprano?!

¡TEKELI-LI!

Era el sonido de una pesadilla, de algo innombrable, ancestral, que aparece en un delirio febril. Alden se zambulló hacia el risco, desesperado por caer y aterrizar en su cama, empapado de sudor y recordando apenas ese ruido inhóspito. ¡Si por lo menos pudiera verlo!

La sombra pasó por encima de Alden y él oyó el susurro furioso de alas curtidas, dientes que rechinaban y el sonido mojado de la carne que se retuerce en expectativa ansiosa.

Alden gritó cuando lo vio aparecer, cuando por fin miró la cara del terror, las fauces repugnantes de su pesadilla plagadas de cicatrices. Y su grito y el chirrido horrible de la criatura se fundieron en un sonido único...

¡TEKELI-LI-I-I-I-I!

...hasta que esos dientes encontraron carne y el silencio se apoderó del cañón.

* * *

—Este pueblo necesita el turismo.

El alcalde Haskins recortaba la punta de un cigarro bueno mientras decía eso. Rin Shearon asintió educadamente, pero por dentro pensó *Por favor, lo dice como si fuera una novedad.*

Rin estaba cansada e incómoda. El sudor que se le había acumulado en el hueco de la espalda durante la persecución bajo el sol fuerte se estaba enfriando gracias al aire acondicionado excesivamente fuerte de la oficina y la bolsa pesada de estims ilegales que le había confiscado al delincuente ahora hacía que su estrella pulida de alguacil le clavara dos de sus seis puntas en un pecho. *Una combinación perfecta de irritaciones físicas.*

El alcalde se explayaba en el tema, como si ser la alguacil de Jaws durante cuatro años y la hija del alguacil durante veinticinco antes de eso no le hubiesen enseñado a Rin que la única razón por la que la gente de otros planetas se molestaba en visitar una lunita rocosa como Choss era la de saltar desde sus riscos panorámicos y planear por el aire vigorizante del desierto.

Para los amantes del planeo, Choss era el postre y Jaws, la cereza: hogar de unos cañones escalonados y peñones deslumbrantes, únicos en todo el sector, que habían quedado expuestos tras la completa evaporación de un océano prehistórico.

La tarea principal de Rin era mantener alejado de la vista de los turistas todo aquello que no encajara con la imagen del pueblo vacacional perfecto. A veces, eso significaba perseguir a un traficante de estims ilegales y derribarlo detrás de la tienda Pack & Jet de Azlup, como había tenido que hacer hoy.

La mayor par del tiempo significaba poner multas por exceso de velocidad, meter a algún borracho en el calabozo y espantar a los adolescentes que subían a los yacimientos minerales a emparcharse con unos turks caseros de poco efecto.

Era un buen trabajo y Rin lo hacía bien. No sabía por qué no le daba miedo poner su nariz puntiaguda de vaquera en la cara de cualquiera que quisiera problemas, pero así era ella. Tal vez fuera algo genético. Tal vez después de cinco generaciones de abuelos domadores de revoltosos, algo se había decantado hasta ella. Como fuera... funcionaba.

El alcalde ya estaba terminando, gracias al cielo. Rin había probado dos bocados de su sándwich de ensalada de huevo cuando la llamó su subalguacil y le dijo que el traficante que estaban siguiendo había entrado en acción. La ensalada de huevo era su favorita, aunque los huevos fueran de karak y no de gallina, pero dejarla reposando en un plato no le hacía bien a su sabor.

—Sí, señor, nos alegra haber podido resolver esto sin mayores inconvenientes.

"No, señor, no creo que sea señal de que Jaws se esté transformando en un lugar de gran tráfico de drogas.

"No, señor, no creo que nadie del *Gazette* se haya enterado.

Carajo.

El calor le pegó a Rin como un puño al salir de la oscuridad helada de la oficina del alcalde. Había conducido su VAL viejo y ruidoso hasta la escena y desde la escena al calabozo, pero lo cambió por el patrullero antes de reunirse con el alcalde porque sabía que él odiaría ver el VAL, con esas puertas embarradas y esas armas montadas de otra época, en la asepsia de las calles céntricas. *Este patrullero no podría cruzar ni el primer arroyo si tuviera que salirme del área asfaltada*, pensó mientras se subía exhausta.

Anduvo dos cuadras en las que pasó por tres heladerías, una boutique llena de muebles hechos a mano, un lugar que vendía quesos artesanales y una tienda que ofrecía "hummus protoss auténtico" (que, ella sabía, eran puras patrañas porque los protoss no tienen boca). Entonces le llegó la llamada.

—Adelante, habla Shearon —dijo Rin después de tocar la videopantalla. Apareció la cara amistosa de Rita, una de sus dos subalguaciles.

—Hola, R. Tengo una llamada extraña de Dolly Juarez de Alquiler de Equipos Sector Norte. Parece que hubo una especie de accidente. Se la oía bastante mal.

Rin sintió que se le retorcían las entrañas. Era algo irónico: a lo único que le temía era a esos malditos riscos que tan famoso habían hecho al pueblo.

Con poco dinero, tú también puedes subir alto, zambullirte y planear por los cañones más hermosos de Choss. *Paso*, pensó Rin. *Brr.*

Se guardó ese dejo de estremecimiento y dobló en U.

—Gracias, R. Voy para allá. ¿Te imaginas el berrinche que hará Haskins si algún bobo ricachón

se mató dando vueltas allá arriba? No sé si mi estómago podrá soportar el discurso de "Este pueblo necesita el turismo" dos veces en un día.

—Buena suerte, alguacil.

* * *

El planeador estaba maltratado, pero el cuerpo estaba peor. Mucho peor. Dolly Juarez estaba hecha trizas, así que fue el técnico de equipamiento, Dium Flecc, el que llevó a Rin por el sendero sinuoso que usaba la gente de mantenimiento hasta donde estaban los restos.

Rin sintió que los dos bocados de huevo de karak y mayonesa se le subían a la garganta. Quiso hacer de cuenta que era el cadáver lo que la impresionaba, pero en realidad era el vacío a un metro distancia. El risco también se erguía hacia arriba, imponente, y Rin se preguntó por enésima vez: *¿Cómo es que la gente trepa estos cosos?*

Se agachó para examinar la herida abierta del pecho. El cuerpo había caído y rodado pero estaba claro que el daño principal era esa punción torácica enorme.

—Uf, por favor, Dium. ¿De verdad nadie vio nada?

—Alden Moss venía siempre. Era un chico con plata. Estrella de fútbol americano universitario. Lo iban a reclutar este año. Dicen que los Asteroides y los Tigres se lo estuvieron subastando extraoficialmente durante un mes.

Rin miró detenidamente el cadáver retorcido. *Se le acabaron los pases largos. Las fiestas llenas de cerveza y veinteañeras. Las anotaciones. Qué desperdicio.*

Flecc continuó:

—Planeaba por todo el sector. Venía aquí arriba todos los veranos con su papá desde que era un mocoso. Si hasta le firmó un balón a Dolly, lo tiene a la vista en el escritorio. Hace años que Alden no necesitaba guía. Venía desde el resort muy temprano. Ni nos habríamos dado cuenta de que había salido a planear si no hubiésemos visto el hueco en donde estaba el planeador que se llevó.

—Tú planeas hace mucho. ¿Qué opinas? —preguntó Rin mientras levantaba delicadamente un miembro con el bolígrafo de que llevaba en el bolsillo.

—Si el amortiguador falló y el chico se encontró con una cizalladura fuerte como las que hay en Zeph III, es posible que se haya chocado con las rocas. La caída podría explicar el daño en el planeador, los huesos rotos (si tiene) y los cortes superficiales. Pero nunca vi que la fuerza de gravedad hiciera una herida como *esa*.

—¿Y dónde está la sangre? —dijo Rin—. Suponiendo que se hubiera clavado contra algo y hubiese quedado sangrando por un rato, tendría que haber alguna acumulación de sangre en algún lado. Algo. Pero no hay nada.

—Parece como si alguien le hubiera chupado la sangre con un sorbete como si fuera una cajita de jugo. —Flecc se rasco la cabeza pelada, bronceada de años al aire libre—. Tal vez unos murciélagos de caza encontraron el cadáver...

—Hacen falta muchos murciélagos de caza para drenar a un tipo grandote como este. Además, tendría que haber saltado antes de que se pusiera la luna...

Todo indica que esto va a ser un problema grande, pensó Rin y, mientras lo pensaba, Flecc estuvo de acuerdo con lo que ella no había dicho.

—Alguacil... Yo estuve en el servicio durante una salida nada más y la pasé organizando simulacros de caída libre. Nunca vi un xeno en persona. Pero en entrenamiento nos mostraron los eduvideos y ahí vi que hay solamente *una* criatura capaz de hacer un agujero como ese.

Todo, pensó Rin.

—Di... ¿te quedaste con algún armamento cuando te dieron de alta?

—Me llevé un Torrent. Un SR-8. Hace pedazos a los jabalíes del prado cuando salgo a cazar los fines de semana.

—Tenlo a mano cuando guíes a los grupos de turistas, ¿sí? —dijo Rin mientras se apoyaba en los talones y se ponía de pie, lejos del hedor del chico muerto.

—¿Piensas que pudo haber sido un xeno? —preguntó Flecc.

—No importa lo que yo piense —dijo Rin procurando no ver el cañón —, lo que importa es lo que logre hacerle creer a Haskins.

* * *

—No, absolutamente no.

El color del alcalde pasó de blanco a rosa. *¿Cómo se mantiene tan pálido cuando todos los demás tenemos que ir a descartar el cáncer de piel con el doctor cada diez años?*, se preguntó Rin.

—¿Que cierre los cañones el fin de semana del Día de Inauguración? ¿Porque no prendemos fuego la tesorería y listo? "Mutaliscos en los cañones". ¡Ridículo! ¡¿Qué carajo podemos tener en Choss que pueda atraer la atención de los zerg?!

—Pudo haber quedado alguno de la época de los conflictos. —Rin odiaba la frasecita simplona que se usaba para suavizar lo que todo el maldito sector llamaba como correspondía, "la guerra".

Rin sabía que los chosseños la habían tenido fácil, relativamente hablando. El ejército había armado un puesto militar en el desierto y había terminado disputárselo con los zerg en medio de una especie combate. Todo el conflicto duró, como mucho, un mes; fue en el hemisferio opuesto de la luna y prácticamente lo único que perdió Jaws fue al papá de Rin.

Como ellos no habían perdido nada y ella, muchísimo, a Rin la irritaba que los locales escondieran todo detrás de un eufemismo. Normalmente le gustaba decirle "la guerra" frente a todos, pero hoy sentía que las cosas ya estaban bastante tensas con el alcalde.

—Tonterías. ¡Los problemas se acabaron definitivamente en Bim Battum! Tres equipos de marines de saneamiento registraron la luna palmo a palmo. Bastante le costó al presupuesto del pueblo: Choss es una zona vacacional certificada.

Rin respiró hondo como siempre que quería ahorcar al alcalde.

—Yo no soy experta en el tema, pero dicen que los mutaliscos son mucho más parecidos a los insectos que los otros bichos. Van a donde el Enjambre les dice que vayan pero, a veces, van a donde sus cerebritos de insecto les dicen que está lindo.

—Yo no voy a sacarle el pan de la boca a mis contribuyentes por un accidente en planeador. La gente que sube a tirarse ahí firma documentos que nos liberan de responsabilidad si pasa algo. Llama a la familia; ponlo en frío. Y que sea la última vez que se habla del tema.

* * *

No lo fue. Las siguientes tres muertes llegaron dos días después, una familia entera, arrebatada en pleno vuelo. Rin lo supo gracias a Dium Flecc, que se lo contó entre jadeos de dolor, mientras sangre cáustica le corroía lo que le quedaba del brazo. Había llevado el Torrent y había disparado pero cometió la idiotez de estar parado debajo de la criatura cuando disparó.

La sangre de los mutaliscos se vuelve altamente corrosiva cuando se la expone a la atmósfera, pensó Rin, que había entrado a la hipernet y leído todo lo que había podido sobre el tema después de que el cabeza dura del alcalde ignorara su pedido. Sorpresivamente, había muy poca información, pero Rin había aprendido *esa* joyita antes de que Rita llegara a su turno de madrugada y le dijera que se fuera a casa de una puta vez.

El alcalde Haskins no había dicho ni una palabra desde que había entrado a la sala; se había limitado a pasar de pálido a verde pálido y trataba de fijar la vista en cualquier cosa que no fuera Flecc.

—Se los llevó volando, Rin. Por Dios, ¡se los llevó volando como si nada! —gimió Flecc.

—Hiciste todo lo que pudiste, Di. Yo tendría que haber estado ahí arriba.

Y tal vez sea cierto, pensó Rin, aunque no sé de qué podría haber servido yo contra un monstruo ahí arriba en ese maldito risco.

El doctor Beele le dio algo a Flecc que lo puso en un estado de inconsciencia muy bienvenido. Mientras Beele se disponía a remover el brazo quirúrgicamente con láser, Rin se dirigió a Haskins.

—Usted y yo tenemos que hablar. A solas.

Afuera, un aire limpio, hermoso, se llevó el olor acre de la sala quirúrgica diminuta de Beele y Rin lo inhaló agradecida. Haskins jadeó como si acabara de correr 5 km.

—Voy a necesitar tener una conferencia con Forte en una hora. Ni esta noche, ni mañana a la mañana. En una hora —dijo Rin.

Haskins asentía con tanta fuerza que parecía que se le iba a salir la cabeza, mientras Rin continuaba:

—Es nuestro representante del Dominio, carajo. Más le vale que esté listo para representar.

* * *

Forte era, según Rin, el nombre menos apropiado para el representante de Choss. Hizo menos del cinco por ciento de lo que había prometido... y eso solo contando a Jaws, básicamente el pueblo más rico de Choss. Rin se estremeció de solo pensar cómo vivirían en Zeb, la villa ranchera diez kilómetros al oeste, donde vivía la mayor parte del personal de custodia de los complejos vacacionales.

Pero Rin había enfatizado que la situación era de vida o muerte y Forte había prometido enviar ayuda del Dominio en el transporte de la mañana siguiente. Bien, cuanto antes, mejor. A la noche había ocurrido otro ataque, más cerca del pueblo.

Rin sabía que no tendría que haber confiado en Forte. Cuando un ratón de biblioteca de 45 kilos envuelto en una chaqueta de lana *¡Lana! ¡En Choss, en verano!* la saludó mientras desembarcaba, ella literalmente se inclinó hacia un lado para ver si, tal vez, las torretas de misiles Longbolt que había pedido estaban saliendo sobre pallets *detrás* de ese nerd.

—Usted debe de ser la alguacil Rin Shearon —dijo él e hizo una pausa—. *Rin Shearon.* —Rumió las palabras en silencio—. Qué melódico, casi rima. —Luego, satisfecho con el nombre, extendió su mano—. Brad Champlain, Operaciones de Investigaciones Especiales. Tengo entendido que tienen un problema de índole mutalística.

Rin combatió la necesidad de gritar.

—Eso es poco decir, señor Champlain. No lo tome a mal, pero esperaba un armamento de misiles tierra-aire, no a usted.

—¿De verdad? Lo siento, alguacil, nos mantienen bastante aislados de todo eso en OIE. Em... ¿podré convencerla de que continuemos esta conversación en algún lugar con aire acondicionado? Me temo que no vine bien preparado para el calor de su luna.

* * *

—¿Usted es experto en mutaliscos?

Se encontraban en el Club Agave, con vista al campo de golf. El club estaba cerca del puerto estelar y tenía aire acondicionado, y a Rin le gustaba el sándwich de ensalada de huevo que preparaban, hecho con huevos de gallina de verdad, importados. Generalmente estaba fuera de su presupuesto, pero para un almuerzo de trabajo...

Champlain se rió con esa risita académica educada.

—Si es posible ser experto en mutaliscos, entonces supongo que sí. Esas criaturas son famosas por ser difíciles de estudiar.

Madre mía, pensó Rin, y en su cabeza sonó como su madre pero no le importó.

—Pero usted puede ayudarnos a deshacernos de nuestros mutaliscos...

—Quizás, a largo plazo. Verá usted, la razón por la que los mutaliscos son el enigma que son es que es imposible hacerles un examen físico exhaustivo. El mutalisco está lleno de un icor viscoso que se convierte en un compuesto fluroantimónico cuando se daña la coraza del animal. Básicamente, los mutaliscos se disuelven a sí mismos antes de que se pueda realizar cualquier escrutinio serio.

—Muy bien. ¿Entonces cómo hago para que se disuelvan? —preguntó Rin.

Champlain se encogió de hombros.

—Destruya al animal.

—Así que su consejo de experto para matar a un mutalisco es que lo mate. Doctor...

—Profesor... "Profesor" está bien.

—Yo no sé dónde encontrarlos. Podría haber como diez de esos bichos de mierda ahí afuera...

—Cielos, no.

Rin comenzaba a perder la paciencia.

—Sí. Vi los videos de seguridad de Sector Norte. Había por lo menos cinco...

—No, no me entendió. Lo que trato de decirle es que si vio una bandada de caza con cinco Mutas dos veces en el mismo lugar en 48 horas, entonces definitivamente tiene que haber una espira a 120 kilómetros de ese lugar.

—¿Una espira?

—Un *nido*, alguacil. Estimo que de sesenta criaturas o más.

Rin sintió que se le retorcían las entrañas como cuando veía los riscos.

—¿Sesenta?! Sesenta mutaliscos a punto de comerse mi pueblo y me mandan a *usted*, un tipo que (sin ánimos de ofender) no parece que haya sostenido un arma en su vida.

—No me ofende. De hecho, me enorgullezco de eso.

—Lo siento. Voy a tener que buscar asistencia en otra parte —suspiró Rin.

—Si su intención es exterminar una espira de sesenta mutaliscos, ya lo creo. Si comenzaron a atacar a las personas quiere decir que ya agotaron la vida salvaje local. La situación empeorará. Espero que me permita quedarme y estudiar su nidada. Ayudaré en lo que pueda. Créame que soy muy consciente del peligro que representan estas criaturas.

—Gracias, doc.

—Profesor —respondió jovialmente y se comió un bocado de su omelette a la española.

(De karak, aunque nadie se daba cuenta con tanto condimento.)

Rin miró su ensalada de huevo. Parecía tan rica hacía cincuenta y cinco mutaliscos.

Mierda, pensó.

* * *

—¿Sesenta? —preguntó Rita.

Rin había vuelto a la oficina luego de un debate interminable con Haskins y los líderes del pueblo y se encontró con Rita, que estaba terminando el boletín informativo que le había pedido. *Siempre es lindo saber que puedo contar con alguien*, pensó Rin.

Rin desabrochó su arma lateral, la tiró en el cajón del escritorio y se dejó caer bruscamente en la silla al lado de su amiga y subalguacil.

—Champlain dice que es probable que hayan estado ahí desde la guerra alimentándose de los murciélagos de caza y otros animales por el estilo en los cañones más profundos. Supongo que tiene razón. Es cierto que estábamos en pleno ciclo de lluvias en medio de las batallas. Tú sabes cómo se reproducen de golpe los murciélagos de caza cada cinco años más o menos. Pero hace dos años que estamos en el pico más seco del ciclo...

Su razonamiento en voz alta se perdió en un suspiro. *Jodidos por el clima. Podría haber protegido mejor al pueblo si fuera meteoróloga.*

Rita la miraba atenta, esperando una conclusión que tuviera sentido.

—No importa, la cosa es que él dice que si no salimos y nos mantenemos lejos de los cañones, estaremos a salvo un par de semanas más. Pero al ritmo en que vienen avanzando... Vamos a evacuar el rancho de descanso Vista al Risco.

—Haskins debe de estar contentísimo. ¿Y qué pasará después de ese par de semanas?

Rin se encogió de hombros y extendió las manos.

—Necesitamos armamento. El Dominio es más inútil que una escotilla en un bote. Nunca admitirán que su equipo de saneamiento la cagó. Vamos a necesitar mercenarios. Pero si metemos mercenarios en un pueblo como este, no los sacaremos más.

—¿Ni siquiera con una alguacil tan ruda como tú, R? —dijo Rita con un guiño.

Rin sonrió y se dio vuelta para ver a su amiga a la cara.

—Ni siquiera.

Cuando Rin era la subalguacil más corajuda de la fuerza de su papá, Rita era una nena veraneante que comía sándwiches en el Agave y pasaba las tardes planeando mientras crecía su futura herencia.

Se habían conocido cuando Rita reportó una pelea entre unos comerciantes borrachos. Rin y el viejo Arco Bousquette habían sido los que respondieron al llamado.

Rita era la hija de unos aristócratas que hubiesen preferido que su nenita fuera la princesa de la gala en vez de la estrella imparable del equipo de lacrosse. Rin era la hija de un alguacil impasible que había criado a su hija como si jamás hubiese notado que no era un hijo varón.

Las chicas eran la clásica pareja desapareja: Rita, elegante, con bucles rojo fuego y piel de oliva y Rin, tosca, con un pelo rubio que, según ella, parecía una sábana que alguien lavó demasiadas veces y una tez clara que se quemaba y se quemaba y nunca parecía broncearse.

Pero Rin y Rita se hicieron amigas inmediatamente y juntas soportaron año tras año las bromas interminables de los chicos que les decían que querían juntarlas y hacer una "doble R". Con el tiempo, ese chiste tonto se les pegó y empezaron a decirse "R" entre ellas.

Cuando las cosas finalmente explotaron entre Rita y sus padres, Rin y su papá hospedaron a Rita y le dieron trabajo en la fuerza.

Cuando el alguacil Shearon falleció, fue Rita la que sacó a Rin de la oscuridad.

Cuando toda la familia de Rita fue exterminada por una invasión zerg sin haberse reconciliado antes con ella, Rin le devolvió el favor.

Y cuando Rita tuvo que hacerse cargo de su primo Jasper, de cinco años, que había quedado huérfano, Rin se dispuso inmediatamente a ayudar a su amiga a criarlo.

Como toda chica de Choss, Rin anduvo alguna vez con los chicos veraneantes pero ninguno se quedó con ella. Los que siempre estuvieron fueron Rita (más unida a ella que una hermana) y Jasper, a quien Rin crió como si jamás hubiese notado que no era su hijo. Era una familia pequeña y extraña, el huérfano y las dos mujeres de la ley, pero era su familia.

—¿Y qué hay de ese amigo tuyo, Pearly? —preguntó Rita—. ¿No está con unos mercenarios?

—R, Pearly está con los Rebeldes de Raynor. Esos no son de los que van a domicilio a aplastar un hormiguero.

Rita se quedó callada por un momento.

—¿R? —titubeó Rin—. Que Jasp se quede adentro unos días. Alquila unos holovideos o algo.

Rin vio a Rita asentir a la luz tenue de la lámpara del escritorio. Se quedaron sentadas en silencio un rato. Luego, cuando Rin ya pensaba irse a descansar, Rita agregó:

—Me pareció que tal vez Pearly conocería a alguien. Como tiene contactos planetarios.

* * *

—Que me parta un Ultralisco, ¡la hijita de Rhett Shearon! ¿Cómo está, alguacil?

—Más o menos, Pearly. Tenemos un problemita por aquí. Mutaliscos —dijo Rin mientras miraba las fluctuaciones del monitor, que trataba de procesar la matriz decodificadora que Rin había tenido que instalar para poder tener una conexión estable con el *Hiperión*.

—¡¿Mutaliscos?!—

—Lejos de nuestra área por el momento, Pearly. Pero le van a traer problemas a Vista al Risco.

—Toda la familia de Pearly, incluido el viejo Arco ahora que estaba retirado, vivía en Bim Battum al otro lado de Choss. Rin sabía que la preocupación principal de Pearly sería su familia y la segunda, el intrincado hotel con vista al risco que había construido antes de irse a luchar.

Ella explicó los detalles de la situación y Pearly la escuchó con esa concentración intensa que lo había convertido en el mejor amigo del alguacil Shearon padre. Cuando Rin terminó de explicar, Pearly se reclinó en su silla, a años luz, y exhaló largamente.

—Conozco a un hombre que tal vez, *tal vez*, pueda ayudarte. Si lo autorizas, lo llamaré ni bien nos desconectemos. Pero tengo que advertirte algo, Rin: si contratas a este hombre para que mate a tus bichos, eso es lo que hará. Hasta el último. Si algo se llega a cruzar en su camino, le va a pasar por encima. ¿Me entiendes? —Pearly se acercó a la cámara para enfatizar.

—Es la respuesta a mis plegarias, Pearl.

—Muy bien. El tipo se llama Breg Shaw. Va a estar aterrizando ahí el viernes.

* * *

Breg Shaw llegó a Jaws el miércoles a la noche en un transporte destartado que hizo que Rin reconsiderara su decisión. Haskins tenía cara de haber oído algo desagradable. Pero no estaban para ponerse quisquillosos: después de la conexión con Pearly, habían sufrido dos muertes más, y el pueblo estaba al borde de la desesperación.

Cuando se asentó la polvareda, entraron al hangar a conocer a su mercenario.

Shaw era un hombre brusco, arrugado, con cicatrices evidentes, como si un escultor novato lo hubiese tallado en una madera llena de nudos. Los estudió a ambos con ojos profundos, entrecerrados.

—¿Usted es la señorita alguacil? —soltó con una voz de motosierra malhumorada.

—Katrín Shearon.

No me gusta, pensó Rin. Rita diría que eso era porque generalmente no le gustaba nadie. Rin sentía que ese no era un comentario justo: a ella le gustaba la gente que valía la pena. No importaba: si Shaw podía hacer el trabajo, Rin le tomaría cariño enseguida.

—O sea que usted es el político —continuó Shaw, mirando a Haskins de arriba abajo.

Haskins sonrió como si le hubiese dado una mordida a una rosquilla y hubiese descubierto que estaba hecha de jabón.

—Y tienen un problema con unos mutaliscos que quieren que limpie. Lo voy a hacer. Por treinta mil, más los costos de mantenimiento de mi equipo, el cielo volverá a ser suyo.

—¿Usted puede hacerlo? —preguntó Rin.

—Con seguridad.

—Desafortunadamente, señor, ehm, Shaw, no es a nosotros a los que tiene que convencer. —Haskins había elegido ese momento para hacerse escuchar. Carraspeó afeminadamente y procedió—: son los concejales los que tienen que autorizar un dispendio de esa magnitud. Ya llamamos a una reunión de emergencia apenas Liddy, del puerto, recibió la señal de que usted estaba llegando. Nos reuniremos en la municipalidad.

Shaw sonrió con superioridad. Sus ojos, Rin notó, permanecieron serios, su voz, tranquila como un motor que espera en marcha.

—Cinco muertos y se preocupan por los concejales...

—Siete —interrumpió Rin.

—¿Nnj? —gruñó Shaw.

—Siete muertos. Perdimos dos más mientras usted estaba en viaje.

—¿Dónde está su maldita municipalidad? —ladró acelerando esa motosierra.

—Centro Verde, por la calle principal. Lo llevaré en el patrullero.

—Tú quédate con tu patrullero.

Se dio vuelta y volvió con paso estridente a su nave.

Rin lanzó una mirada perpleja a Haskins. *Hace falta un tipo jodidamente odioso para que me ponga del lado de mi jefe*, pensó.

Dentro del transporte, se oyeron unos engranajes. Un portón de carga muy grande comenzó a abrirse.

El portón se deslizó hacia atrás completamente y, de pronto, Rin ya se sentía menos preocupada por las habilidades de Shaw.

Del transporte salió el Goliat más mortífero que Rin había visto en su vida, con Shaw en la cabina. En un costado tenía pintado el nombre: *Matamoscas I*.

De hecho, Rin nunca había visto un Goliat en persona, pero los caminantes aparecían en casi todos los artículos que había leído sobre defensa contra los mutaliscos desde la muerte de Alden Moss. Había visto fotos, pero ninguno se parecía a este.

Shaw había reemplazado los autocañones dobles de caño liso con ametralladoras tipo Gatling que había instalado sobre brazos totalmente articulados con garras recargadoras. A Rin le pareció que esas Gatling serían efectivas contra objetivos aéreos. También se las había ingeniado para anexar improvisadamente un par de misileras de la JTU. Y en lugar de la ametralladora rotatoria estándar de la entropierna, Shaw de alguna manera había conectado...

A la mierda, jeso es un láser explosivo de Ánima! ¡¿Cómo carajo hizo que anduviera?!

Pero antes de que Rin pudiera formular la pregunta, el Goliat de Shaw había salido del hangar y se dirigía al pueblo a toda velocidad.

¡Mierda!, pensó Rin y salió corriendo a buscar el patrullero.

* * *

Aparentemente, Shaw no creía en los límites de velocidad porque Rin tuvo que cruzar todas las luces rojas hacia el centro con el patrullerito —construido para ser lindo en mundos más "blandos"— quejándose y temblando a esa velocidad.

Pero Rin y Haskins llegaron sin accidentes. Llegaron a tiempo para ver a Shaw en toda su gloria metálica en la puerta de la municipalidad; a tiempo para verlo activar su altavoz, diseñado para atraer la atención en pleno combate, no para hacer trizas la tranquilidad de un pueblito vacacional en medio del desierto.

La gente comenzó a salir del edificio y de los arbustos que separaban los spas y las canchas de tenis. Los concejales, los habitantes preocupados, muchísimos turistas: todos comenzaron a reunirse sobre el césped. A muchos se los notaba irritados por la interrupción. Otros mostraban simple curiosidad.

Shaw saltó fuera de su máquina y comenzó a hablar.

—Me llamo Breg Shaw —dijo—. Soy cazador de mutaliscos. He destruido más de treinta espiras personalmente y he participado en la destrucción de cientos. Si me lo permiten, yo resolveré el problema que tienen con los mutaliscos.

La multitud murmuró.

—¿Cómo sabemos que no es un engaño? —gritó alguien.

—Me pueden pagar cuando termine el trabajo. Pueden mandar a quien quieran a supervisar el proceso.

La multitud zumbó más fuerte, ahora en aprobación, y esta vez habló uno de los concejales.

—¿Y cuánto va a tardar en detener a estas criaturas? ¿Va a ser rápido?

—Calculo que me llevará una semana localizar su espira...

—¡No, menos!

Todos voltearon para ver a Champlain, él se acomodó los lentes (*¿Será posible?*) y se exclamó.

—No necesitaré una semana. Estuve con mis instrumentos en los cañones, registrando los patrones de vuelo de los mutaliscos. Identifiqué un vector de hábitat considerablemente limitado.

Shaw miró a la multitud, sorprendido de que alguien lo interrumpiera, y casi se desploma al ver la fuente de la interrupción. Champlain concluyó:

—Lo que eso significa es que yo lo puedo llevar directo a la espira.

—¡Perfecto! Perfecto. ¡Usted se llevará a nuestro experto en mutaliscos del Dominio y juntos resolverán nuestro problemita! —Haskins rebosaba de alegría.

Ahora que los concejales están de acuerdo, está tranquilísimo, pensó Rin.

Shaw hizo un ruido que sonó como "¡Tsnah!" y, antes de que pudiera emitir otra queja, Rin se escuchó a sí misma decir...

—Yo voy.

* * *

—¡¿Pero por qué?!

Rin se había apostado a sí misma que Jasper se opondría y ahora se debía una cerveza.

El niño plantó su cara enrojecida frente a la de ella. Jasper se parecía un poco a Rita pero el gesto era cien por ciento Rin y ella sintió que se estaba mirando al espejo. Rin se sintió al mismo tiempo halagada y sorprendida.

—En caso de que este hombre, Shaw, no cumpla, alguien de nosotros tiene que estar ahí para ver qué está pasando, para tomar decisiones en representación del pueblo, loquito.

—¿Pero por qué tienes que ser tú? —preguntó Jasper.

Rin suspiró y abrazó al niño con un brazo, ese tipo de abrazo lateral que uno hace para caminar en confianza, como su padre la había abrazado a ella cientos de veces. Respiró profundo y le dijo lentamente:

—Este es mi pueblo.

* * *

—Tendríamos que estar yendo juntas —se quejó Rita—. ¡R con R a arrasar!

—Rita —dijo Rin—, piensa en lo que pasaría si uno de esos bichos, solamente uno, viniera al pueblo. ¿Acaso quieres que la única administración profesional de la ley quede en manos de Keith?

Rin intentó reírse pero Rita la miró fijo a los ojos, ignorando la broma.

—R... Si te mueres... Te *mato* .

Rin sonrió.

—Cúidense.

* * *

Champlain ya había empacado para cuando Rin estacionó su VAL destartado al amanecer siguiente. Shaw y Champlain habían pasado parte de la noche anexando el cápsula del profesor al *Matamoscas*, en la popa del cuerpo, detrás y debajo de los misiles, donde estaría prácticamente fuera de peligro. Ahora estaba ahí calzado como si fuera la mochila del Goliat.

—Esa porquería todavía me va a sacar cinco, diez por ciento de velocidad de marcha —se quejó Shaw.

—Tú haz que el con-op reemplace la energía con un 20 por ciento de esos rotores de misiles gigantes mientras andamos. Eso no interferirá con la cadena de desplazamiento accionaria. Puedes desacoplarme cuando llegemos a la espira y así recuperarás toda tu capacidad de combate —dijo Champlain.

Shaw levantó una ceja.

—Con eso bastará.

—Buen día, chicos —dijo Rin—. ¿Listos para salir?

—Me pregunto si *usted* está lista, alguacil —dijo Shaw en tono premonitorio mientras subía a su cabina; Rin vio a Champlain poner los ojos en blanco, saturado.

Pronto, ese trío extraño entró ruidosamente al desierto: el VAL de Rin detrás de ese Goliat bizarro hacia el calor del día.

* * *

—Fue mi segundo doctorado, en realidad. El primero fue en química orgánica. Pero eso me llevó naturalmente a xenobiología. Usted sabe cómo es esto... Si un científico quiere dejar algún tipo de marca en el sector Koprulu, mejor que se involucre en el esfuerzo bélico.

Rin sonrió mientras escuchaba a Champlain irse por las ramas.

—Doctor, tengo que preguntarle: ¿por qué cuernos lo mandaron aquí? Si lo que usted busca es observar el comportamiento mutalisco... La mitad del sector está explotando en este momento. En semejante escala, nuestro problema es como un hormiguero.

—*Profesor* —resopló Champlain—. Yo solicité este encargo. Creo que su espira puede ser el lugar perfecto para que encuentre mi pez grande.

—Momento, retroceda —suspiró Rin.

—Bueno, usted sabe que los zerg son adaptables; su código genético es más una referencia que una regla, si me entiende...

—Usted use palabras simples y veré si le entiendo —dijo Rin bromeando, sin poder resistir la tentación de hacerle burla.

—¡Uy! Eh... perdón. Bueno... Los mutaliscos se encuentran entre las subespecies más adaptables de los zerg. La habilidad de volar, sin ayuda, en el vacío del espacio o usar su tracto reproductivo evolucionado como arma ofensiva... El mutalisco evolucionó rasgos fascinantes de los que todavía no sabemos casi nada.

Lo cual los hace peligrosos, pensó Rin. Ya sabemos eso.

Champlain continuó:

—Una adaptación que pueden desarrollar los mutaliscos es una tolerancia natural al icor corrosivo de sus compañeros de espira. Viven tan apretados en la espira... Imagínese que usted esté en peligro de disolverse cada vez que su hermanito se corta con una hoja de papel. No funcionaría.

Rin se maravilló con las oleadas de entusiasmo que Champlain emanaba al conversar sobre su campo de estudio. *Sería lindo oírlo, pensó, si no estuviera hablando de bichos voladores implacables que dan a luz larvas parasitarias y sangran ácido.*

—Los mutaliscos desarrollan su tolerancia en respuesta a una exposición mínima —continuó— pero nunca quedan inoculados lo suficiente para que el cuerpo soporte el empape corrosivo de la muerte y la disección. No viven lo suficiente para desarrollar tolerancia, eso es todo.

—¿Por qué no? —preguntó Rin.

—Porque la mayoría de los mutaliscos muestran un instinto de autopreservación casi inexistente. No está en su naturaleza intentar extender su vida; su impulso es el de preservar la vida de la espira. Pero, algunas veces (y hablamos de una entre millones) un mutalisco nace con ese instinto intacto. Esos mutaliscos viven más años que el promedio. Mi teoría es que, con el tiempo suficiente, un mutalisco con muchos años de vida podría desarrollar la tolerancia suficiente a sus propios fluidos y soportar una muerte violenta y la disección subsiguiente. Lo llamo la Teoría del Mutalisco Cauto... Mi pez grande.

—¿Y usted piensa que es probable que haya uno así en nuestra espira? —preguntó Rin.

—Una luna aislada, una infestación no estratégica, comida abundante... Estos mutaliscos usaron esta espira escondida luego de que el Dominio destruyera las únicas dos colmenas conocidas de Choss y se las arreglaron para permanecer ocultos a tres intentos de saneamiento subsiguientes. Son buenos candidatos. La geología natural de la región (los riscos, las mesetas y demás) les hace más fácil evitar la detección. En este lugar, un mutalisco puede sobrevivir (hasta prosperar) y aprender a mantener un perfil bajo, ¡y a impedir que descubran su nido!

—¿Realmente piensa que pueden tener ese nivel de entendimiento? —preguntó Rin.

—Una de las razones por las que son tan fascinantes, alguacil, es que es difícil determinar con precisión lo que entienden y lo que no. —Champlain sonrió.

—¿Se están escuchando ustedes dos? —Hacía tanto que Shaw había hablado por última vez que Rin casi se había olvidado de que estaba. Ahora, después de la interrupción, Rin veía su mueca sarcástica en la videopantalla, la cámara diminuta de ángulo amplio de la cabina inflaba sus cicatrices de forma grotesca—. ¿Ustedes se creen que esto es una especie de excursión? ¿Piensan que se van a llevar un mutalisco, montarlo en una cajita con un alfiler y una bolita de algodón? —Cada palabra era escarnio puro—. Un mutalisco es una cosa, nada más: un asesino. Es la bestia más aberrante, *más letal* que el Diablo escupió en este o cualquier otro sector. ¡No tiene ninguna parte del cuerpo que no use para matar!

—¡Precisamente por eso es tan importante estudiarlo! —Champlain saltó a la defensiva—. Cuanto más sepamos de estas criaturas, mejor podremos protegernos de ellas. Si hacemos esto correctamente, el próximo pueblito que tenga una infestación podrá prevenir la pérdida de vidas...

—¡Silencio! ¡Los dos! —La atención de Shaw se desvió instantáneamente, su concentración de repente se volvió absoluta. Apagó la marcha de su Goliat y Rin hizo lo mismo con el VAL.

—¿Qué?! ¿Qué pasa? —preguntó Champlain.

—¡Cierra la boca y abre los ojos! —ladró Shaw—. Mira ahí arriba, en esa cuesta...

Shaw tocó su consola y un segundo más tarde aparecieron las coordenadas en la pantalla de Rin. Ella sacó unos binoculares y los apuntó al lugar indicado.

Tres mutas estaban aferrados a un jabalí del prado y le succionaban la vida codiciosamente. Ahora Rin oía los chillidos, agudos y aterradores. Rin había matado a varios jabalíes del prado: hijos de puta rudos, *agresivos*, del tamaño de un rinoceronte, que tratan de destriparte ni bien te ven... Pero de pronto sintió un dejo de compasión por la bestia.

—¿Ven? —susurró Champlain—. Estos mutas tienen una necesidad profunda de ingerir sustento *líquido* debido a que el organismo nutricional simbiótico, o "talo", que habrían disfrutado durante la infestación inicial ya se ha marchitado a casi nad...

El *Matamoscas* cobró vida de pies a cabeza. Rin oyó a Champlain emitir un ruido tipo "¡Oofff!" y, enseguida, Shaw ya embestía hacia la cresta de la colina.

Los mutaliscos gritaron y emprendieron vuelo. Era la primera vez que Rin oía ese sonido: el chirrido legendario de los mutaliscos que estremeció a tantos, robado de la mantis aulladora de la que los zerg habían hecho evolucionar a los mutaliscos. Rin sintió que le llegó hasta la médula.

—¡Tekeli-li! ¡Tekeli-liiiii!

Ese ruido no debería existir, pensó Rin. Es un ruido que se tendría que haber quedado en el infierno.

Los mutas dieron una vuelta y enfilaron hacia el *Matamoscas*, sus oviscaptos ondulantes se tensaron en preparación para escupir una pila de gusanos gladia. Por un momento, Rin pensó que Shaw se había vuelto loco al lanzarse así hacia su ruina...

Entonces oyó que las ametralladoras de Shaw comenzaban a girar. El primer mutalisco explotó en una lluvia atomizada de tripas acídicas a veinte metros de distancia. Rin oyó el suelo crepitar donde cayeron las gotas.

Los otros mantuvieron su rumbo, directo hacia el *Matamoscas*. Shaw dirigió su siguiente ráfaga a los gusanos gladia que salían de las bestias retorciéndose obscenamente. Los gusanos reventaron y sisearon bajo la lluvia de balas. El estómago de Rin se sacudió involuntariamente.

El segundo mutalisco ya estaba cerca; sus mandíbulas frenéticas y sus púas en punta ya estaban casi encima de la cabina de control de Shaw. Rin oyó a Shaw gruñir en la videopantalla y tirar una bofetada de revés con la ametralladora, asestando una derecha violenta que mandó al mutalisco a rodar por la tierra... directo hacia ella.

Usando las púas de sus alas, el mutalisco se frenó y volvió al aire de un salto. ¡Sus ojos vidriosos de xeno se fijaron sobre Rin!

La mayoría de las imágenes de mutaliscos de la hipernet se habían tomado desde el aire, muchas capturas de documentales y videos de entrenamiento de pésima resolución. Lo que se podía distinguir era una mezcla caótica de alas y abdómenes. Y, por supuesto, Rin había visto los diagramas de la anatomía mutalisca. Pero este era el primer mutalisco que Rin veía *de cerca*, con esas mandíbulas rechinantes y esas alas que rasgan el aire.

El miedo y el asco inundaron a Rin en igual medida. En lo profundo de su mente, una voccecita primitiva se despertó. *¡Corre!*, le gritó. *¡Corre o morirás!* Esa sensación la recorrió entera y por un momento su mano intentó estirarse hacia los controles de reversa...

Y entonces oyó la voz de Shaw tronar a través de la videopantalla.

—¡Ja, jaa! ¡Hijos de puta! ¡Vuelvan al infierno! —En la pantalla se lo veía babearse y escupir.

Ya fuera de su trance, Rin manoteó el viejo AGR-14 de su padre, se inclinó hacia afuera y disparó tres rondas hacia el mutalisco que estaba frente a ella. La criatura chilló y Rin vio las salpicaduras de sangre caer sobre el capó del VAL y hacerle agujeritos al metal.

Shaw había despachado al tercer mutalisco y volteó hacia donde estaba Rin, tomó al segundo mutalisco de la cola y lo estrelló contra un peñasco que sobresalía.

—Espero que la inteligencia te alcance para saber lo que se viene —gruñó Shaw. Luego puso una pistola en la cara del mutalisco...

...e hizo un agujero empapado de ácido en la piedra detrás.

Ese es un tipo que ama su trabajo. Rin miró cómo se le acumulaba la baba en las comisuras mientras rugía triunfante. *Tal vez demasiado.*

La tierra hacía espuma donde se acumulaba el lodo de ácido. Shaw rió a carcajadas y le metió una bala enorme al único pobre gusano gladia que había sobrevivido a la masacre. En la videopantalla, Rin vio a Shaw voltear hacia Champlain.

—¿Y, profesor? ¿Qué le pareció esa "pérdida de vidas"?

* * *

Llegado el mediodía, Rin se estaba impacientando. Se habían encontrado con otras dos bandadas de cazadores, un par y un grupo de seis, y ambas veces Shaw había provocado a los mutaliscos y reído como un poseído mientras los masacraba.

—¡Shaw! —gritó Rin a la videopantalla en el momento en que Shaw acababa con el último bicho usando el láser de la entrepierna. *¡Madre mía!*

—¿Qué pasa, chiquita?

Rin ignoró el diminutivo.

—Yo podría haber conducido hasta aquí y derribado a los mutas deambulantes con el viejo AGR-14 de mi papá pero tengo entendido que usted iba a destruir una espira para nosotros.

—Estamos siguiendo el camino de su doctorcito —se burló Shaw.

—Profesor... El camino es el correcto. ¡Si no están a menos de un km de aquí (pasando esa cuesta) me arranco las credenciales! —dijo Champlain, con petulancia incipiente—. Además, cada muerte cuenta. De seguro no se están reproduciendo. No pueden sin un larvario.

Los cazadores apuraron la marcha hacia la cresta de la colina y, al llegar a la cima, Rin vio la gran envergadura del valle y la meseta enorme y lisa que lo dominaba.

—¡Uau! —dijo Champlain, demasiado abrumado por esa majestuosidad como para mostrarse arisco.

—Eso es la Roca Yunque —explicó Rin—. El primer asentamiento de Choss llegó hace unos cien años y estaba compuesto de un grupo comunitario que tenía la idea de volver a conectarse con la tierra. Se hacían llamar los "Orange Ninety", los "noventa naranjas", aunque eran como doscientos. Creían que esta roca era una especie de lugar sagrado desde donde podrían hacer un viaje espiritual. Que yo sepa, nadie ha venido por estas partes desde el centenario, cuando yo tenía diecisiete...

—¡Miren! —gritó Champlain. Shaw giró a la izquierda, donde bajaba la colina, y Rin sacó sus binoculares y los apuntó al mismo lugar...

Allí, en el fondo del valle, oculta bajo la sombra de la meseta... estaba la espira.

Era mucho más grande y asquerosa de lo que Rin había imaginado, una estructura de huesos cartilagosos con garras como pie, del diámetro de un árbol de secuoya como los que había visto de niña en un atlas de árboles. El tallo sostenía un saco membranoso, palpitante, que tenía un orificio circular en la parte superior, por el que respiraba suavemente.

Como el ojete del Diablo, pensó Rin con la voz de su padre en la cabeza. *Y es enorme.*

La saliente entera de Roca Yunque se encrespaba de alas inquietas y oviscaptos... Rin no pudo contar cuántos eran. Entonces, siguiendo uno de esos ritmos indescifrables que gobiernan a una bandada, la horda emprendió vuelo.

Eran *muchísimos*, una cacofonía chillona y agitada de dientes rechinantes y protuberancias filosas apretujadas. Llenaron el cielo: una nube de muerte aterradora que chillaba "¡Tekeli-li!" *Vengan a morir.*

Y mientras la horda desesperantemente enorme se volvía a acomodar alrededor de la espira, Rin pensó: *Vamos a necesitar más Goliats.*

—Me imaginé que podía ser algo así —murmuró Champlain—. Este Yunque seguramente tiene depósitos de minerales, que, con toda probabilidad, tienen el mismo efecto que tenía la pintura de hierro de las naves "stealth" antiguas, eso de confundir la imagen de los radares. Con razón esta espira nunca apareció en ningún escaneo satelital. ¡Con razón sus equipos de saneamiento no la vieron! A los mutaliscos les habrá parecido un lugar apto para anidar y de pura suerte se asentaron en el escondite perfecto.

—Tal vez no haya sido suerte. Tal vez *querían* esconderse de sus satélites —refunfuñó Rin.

—No, no. Los mutaliscos no entienden conceptos tan complejos como la imagen por radar —contestó Champlain.

—Usted dijo que era difícil decir qué es lo que entienden y lo que no —dijo Rin.

Champlain se quedó en silencio mirando esa bandada enorme hasta que Shaw gruñó:

—Muy bien. Champlain: vamos a sacarte de encima mío y a meter tu culito en el VAL con la señorita alguacil. Mandaremos a esas moscas superdesarrolladas a que conozcan a su creador.

* * *

Media hora más tarde, Rin y Champlain aceleraban a fondo en rumbo transversal, hacia la espira.

—Acelera ese cacharro —le había dicho Shaw—. Pasa bien cerca de la espira. Haz todo el ruido que puedas... ¡y pásala de largo sin parar!

Rin había discutido con él. Era imposible que un Goliat, aunque estuviera armado desde la entrepierna hasta los dientes, pudiera destruir esa espira enorme.

—Opine de lo que sabe —fue lo que Shaw le ladró como respuesta—. No son tan difíciles de derribar... siempre que esos feos de mierda no estén en casa...

Ahora, Rin aceleraba y el viejo VAL temblaba y se sacudía pero aguantaba. Champlain iba sentado atrás, manoseando el saco de tecnoaparatejos que había insistido en traer.

—¿Qué es esa cosa, doc?! —gritó Rin por encima del viento.

—Unidad de dispersión de feromonas sintéticas. Fuera del rango de control telepático, tengo la certeza de que los mutas se comunican mediante un olor, usando distintos almizcles. Hace tiempo estoy juntando y duplicando muestras. Si nos metemos en problemas, usaré esta unidad para despistarlos. ¡Este almizcle está diseñado para imitar el efluente de engendración de un larvario!

Rin arrugó la nariz. *Puaj.*

—¿Y lo usa seguido? —gritó por encima del hombro.

—¡No! —dijo sonriendo orgulloso—. ¡Recién encontré la fórmula perfecta la semana pasada! ¡Me muero por ver cómo funciona!

Perfecto. Rin entrecerró los ojos y se concentró en la tarea entre manos.

El plan era simple. Rin y Champlain arrastrarían a toda la horda lejos de la espira en una persecución a toda velocidad. Eso le daría a Shaw la oportunidad de acercarse a la espira con el *Matamoscas*, plantar una carga explosiva en el agujero superior, destrozarse la espira y masacrar a la horda cuando se amontonara para contraatacar.

—Si logras hacer que esos bichos de mierda se amontonen, ganaste —dijo Shaw—. Nunca falla.

Rin rogó que ese desquiciado supiera de lo que hablaba, porque la otra opción era que ella iba a arrastrar por el desierto a una turba gigante de mutas hasta quedarse sin combustible.

La espira estaba cada vez más cerca ahora que corrían por la llanura del valle.

—Epa —dijo Champlain—. Vista así de cerca, ¡es *grande* de verdad!

"Grande" era una palabra jodidamente chica. Rin aceleraba a fondo pero la espira no parecía acercarse, lo único que hacía era seguir creciendo y creciendo.

Cuando el VAL alcanzó la espira, Rin pensó *Fracaso, aquí vamos* y puso todo su peso sobre la bocina.

El bocinazo ensordecedor destrozó el aire del desierto como un mazazo a un melón. La horda se echó a volar en un estruendo de alas y Rin se alejó atravesando el cañón como si escapara del fin del mundo.

—¡Mire! ¡Mire! —El grito repentino de Champlain sonó inapropiadamente alegre—. ¡Al frente de todo! ¡El mutalisco cauto! ¡Mire!

Rin se arriesgó a echar un vistazo hacia atrás. *Mala idea. Mala en serio*, pensó mirando ese mar de aleteos y caparazones.

Pero Champlain insistía.

—Mire, ¡justo ahí! ¿Ve las cicatrices alrededor de las mandíbulas? ¿La cantidad de estriaciones en el vientre? Ahí, ¡al frente de todo!

Rin apuró otro vistazo. *Dios, tiene razón. Que hijo de puta más feo*. Rin jamás pensó que era posible que un mutalisco fuera más feo que los que ya había visto, pero esa bestia plagada de cicatrices destruyó esa noción. El maldito lideraba la horda enorme como el ganso líder de una V migratoria.

Sobre la cresta, Shaw puso al *Matamoscas* en movimiento y embistió contra la espira ampliamente desprotegida. Rin lo vio en la videopantalla: sonreía como si le estuviera metiendo la mano debajo de la falda a su cita de graduación.

—¡Algo anda mal! ¡Mire al de las cicatrices! —gritó Champlain. Rin miró hacia atrás. De pronto, la criatura había hecho un vuelo invertido para cobrar altitud y darse la vuelta: la horda completa lo siguió como una columna de humo que sale de una chimenea.

—No nos siguen... —murmuró Rin—. ¡Shaw! ¡Dejaron de seguirnos!

Champlain dio un grito ahogado.

—No va a tener tiempo de plantar el explosivo. ¡Mire! ¡Van a llegar a la espira antes que él!

Rin oyó que Shaw comenzaba a soltar insultos mientras la horda volvía a la espira. Los mutaliscos la alcanzaron antes que el *Matamoscas* y rompieron su formación amontonada, formando una nube de terror sobre la espira.

Rin miró a Shaw irse totalmente en reversa mientras lanzaba misilazos imprecisos a los pocos mutas que lo habían seguido.

Bueno, pensó Rin, *eso fue una mierda*.

* * *

Esa noche, acamparon en la entrada estrecha de una cueva a un kilómetro de Roca Yunque. Rin revisó su equipo y pensó unos momentos en el lanzagranadas AGG-12 que tenía en el portaequipaje del VAL. *De papá también, como todas mis armas,* pensó Rin. Lo había traído por traer. *No sé qué carajo pienso hacer con eso, le queda una granada nada más.* ¿Pero en qué otra situación podía llegar a usarlo?

Sacó un termo con minestrón de skalet espeso que Rita y Jasper le habían hecho y calentó el contenido con el calentador antiquísimo de fabricación militar que Shaw tenía en el *Matamoscas*. Mientras la sopa burbujeaba, se juntaron alrededor del fulgor tenue y se calentaron los dedos congelados.

Shaw había estado callado desde el fracaso de su plan y seguía así, con la vista perdida.

Cuando terminaron la sopa, simplemente se quedaron ahí sentados. Después de unos instantes, Champlain dijo para sí algo como "Cierto, a ver..." y se puso a escarbar su bolso de herramientas. Después de revolver un rato sacó una petaca, desenroscó la tapa y tomó un traguito.

—Estuve en Shiloh tomando un descanso... Dicen que es el mejor del sector... el whisky, digo.

Le alcanzó la petaca a Rin, que sonrió por dentro, la aceptó y le dio un trago. El ardor suave del whisky shilohés le pegó en la lengua y se irradió por todo su ser, tajando el frío nocturno del desierto. Rin miró a Shaw y le ofreció la bebida.

Shaw consideró la petaca por un momento y pareció tomar una especie de decisión. Estiró la mano, tomó el whisky, olió su buqué con admiración y bebió un trago.

—Estuvieron bien hoy, los dos. Algo espantó a los mutas y eso no fue culpa de ustedes. No siempre podemos saber por qué hacen lo que hacen. —Tomó otro trago y le devolvió la petaca a Champlain. Después siguió hablando—: Los mutas tienen un frenesí innato. Frenesí por la comida, frenesí por propagarse. Frenesí por la sangre. Un mutalisco puede oler una sola gota de sangre en el viento a dos kilómetros de distancia.

Rin tomó la petaca que le pasaba Champlain pero no bebió. La luz del calentador ardía en los ojos de Shaw, ardía profundamente. *Como si viviera dentro de él.*

—En cierta forma, el frenesí los hace como nosotros. Hay que... usar eso que desean a nuestro favor. Mostrárselos. Dejar que lo huelan. Eso es lo que los hace enredarse entre ellos, lo que los vuelve locos y los obsesiona. Y ahí es cuando hay que exterminarlos.

Rin tomó un sorbo del whisky y sintió un escalofrío que le recorrió la médula. Champlain estaba teniendo problemas para aclarar la garganta.

—¿Cójj...? ¿Cómo aprendiste tanto sobre ellos? No, ehm, no cualquiera conoce el modelo

conductual de paroxismo de Higgs-Davis... Un puñado de mis colegas, tal vez... y los hombres en servicio... los que... tú sabes...

Shaw guardó silencio un momento y aceptó la petaca.

—Cuando estaba cayendo el telón en Mar Sara, cuando todo se puso mal... cuando los protoss se aferraban apenas a los pedazos de vidrio que alguna vez habían sido Chau Sara y ponían sus esperanzas en su ciudad hermana... se hizo un intento de evacuar el planeta. Ambos habrán leído al respecto y habrán visto los holovideos y esas cosas.

Entonces bebió, no fue un sorbo tentativo: fue una empinada profunda.

—Yo era sargento mayor del *Hoosier*, un crucero de batalla de unos mil doscientos hombres. Nos desplegaron de un día al otro para ayudar en la evacuación, no tuvimos tiempo de abastecernos apropiadamente, de recargar la armería: a meterse en la lata y a rezar una plegaria.

—¿Estuviste en el *Hoosier*?! —chilló Champlain antes de que Rin pudiera darle un codazo.

—Despegamos con cuatro mil colonos a toda velocidad hacia el punto de evacuación, con la sensación de que, en cualquier momento, los cañones de iones de los protoss nos voltearían. Pero en ese entonces no sabíamos mucho sobre los zerg, no conocíamos la variedad que existía, no sabíamos que algunos podían volar por el espacio tan fácil como si fuera atmósfera.

El silencio del desierto se hizo sentir. Rin percibía la respiración de Shaw y la de Champlain y la suya y le pareció un sonido húmedo, fuerte, antinatural en este lugar, donde la quietud era lo que correspondía.

—Cinco mil almas despegaron de Mar Sara ese día. Cinco mil que gritaron cuando chocamos contra la nube de mutas.

Hizo una pausa para tomar aire profundamente, ruidosamente, y Rin volvió a recordar la vieja motosierra de su padre, el ruido que hacía cuando se clavaba profundo entre los arbustos y comenzaba a quedarse sin combustible.

—A sesenta y tres de nosotros nos recogieron de esa cápsula de escape cuatro días después.

—"Los sesenta y tres suertudos" —asintió Champlain seriamente.

—"Suertudos". —Shaw se rió: era un sonido sin ninguna alegría—. "Suertudos".

* * *

Rin soñó que Jasper gritaba. Ella corría y corría y lo buscaba desesperada. ¡Los gritos! Los gritos...

Los gritos eran reales, sólo que no era... No era Jasper...

Los ojos de Rin se abrieron instantáneamente y vio las alas en el cielo del amanecer que cortaban el aire y se acercaban rápidamente. Saltó en busca del AGR-14 de su padre, vio a Shaw correr hacia la cabina del *Matamoscas*, vio a Champlain quedarse de pie con la boca totalmente abierta.

—¡Entra! —le ladró tomándolo de la chaqueta y metiéndolo en el VAL con más fuerza de la necesaria; luego buscó un muta, el primero que entrara en su rango, para vaciarle un cartucho y rezó mientras oía que las ametralladoras de Shaw comenzaban a girar.

* * *

El ataque había sido de trece mutas y tuvieron suerte de que no fueran más. Rin frunció el ceño al pensar lo que tan solo *una* de estas criaturas le haría a su pueblo si lo alcanzaba.

Eliminaron a los primeros nueve en pleno vuelo con bastante facilidad y los dos siguientes habían caído gracias al láser pero habían estado demasiado cerca para poder atacarlos con misiles y los últimos dos lograron hacer contacto con el *Matamoscas*. Antes de que Shaw pudiera repelerlos a los golpes y rematarlos a balazos, ambas raqueras de misiles habían quedado hechas pedazos.

Eso generó la discusión.

—¡Nos estaban cazando a *nosotros*, Shaw! ¡Nos estaban cazando! —Rin estaba empacando su equipo en el VAL lo más rápido que podía. Habían sido unos tontos al intentar hacer lo que hicieron. *Lo mejor que puedo hacer ahora es volver a toda velocidad al pueblo y comenzar una evacuación, poner a la gente a salvo*, pensó Rin. *Luego, si la suerte me acompaña de una puta vez, poner diez mil refugiados en frente de Forte lo hará entrar en acción.*

—¡Los mutas cazan! ¡Es lo que hacen! —rugió Shaw mientras desmontaba lo último que quedaba de una raquera de misiles arruinada del *Matamoscas*.

—¡Sí, de a dos o de a cinco o seis! ¡Como los que mataste ayer! —gritó Rin—. Ahora nos están cazando a nosotros, específicamente, ¡y vamos a volver al pueblo a poner a mi gente a salvo!

—¡Ya le dije que opine de lo que sabe, alguacil! —gruñó Shaw.

—¡Lo que sé es que no voy a apostar la vida de mi gente para que tú corras por ahí haciéndote el soldado hasta que una de esas cosas se nos acerque lo suficiente para hacernos desaparecer! Nos volvemos...

Shaw le disparó a la correa de transmisión de Rin. Dos segundos antes, Rin estaba empacando en un VAL en condiciones, un vehículo que ella había cuidado y reconstruido y amado, del cual dependía para volver a casa y salvar a Rita y a Jasper y al doc Beele, y ahora estaba poniendo

sus posesiones en una pila de metal inútil. Shaw había activado el láser de la entrepierna y había hecho pedazos su correa de transmisión.

—Estás enfermo. ¡Estás totalmente enfermo y vas a hacer que nos maten! —escupió Rin.

—¡Los únicos que van a morir hoy son esos bichos! Ya reventé cien espiras en mil pedazos y voy a reventar cien más y cuando estemos mirando esa pila de moco asquerosa hundirse en el suelo, me vas a dar las gracias, chiquita, por tener los huevos que a ti te faltan. Ahora, súbete a tu vehículo... Yo te remolcaré.

* * *

Y así fue como Rin se encontró en la cresta de la colina, mirando como Shaw organizaba otro ataque sorpresa. Había arrastrado al VAL hasta la cima y lo había puesto de cola contra unas rocas que lo refugiarían, al costado de un barranco profundo. Rin había accedido a ir porque cruzar el desierto a pie le llevaría tres días e iba a ser imposible cargar con tanta agua en la mochila... ¿Y qué mierda podía hacer si no?

Champlain no había dicho una palabra desde el ataque de la mañana y ahora tampoco decía nada, sentado en el capó y masticándose las uñas mientras que Shaw activaba su señuelo: un planeadorcito robótico barato con una bocina enorme que hacía ruidos.

Rin apenas tuvo tiempo para pensar: *Señuelos, el hijo de puta tenía señuelos y ayer nos hizo atraer la horda a nosotros como si nada* y entonces de golpe todo salió muy mal, muy rápido.

La horda se lanzó tras el señuelo y lo persiguió por un rato pero, ni bien Shaw arrancó hacia la espira, la nube se separó en tres segmentos perfectos y atacó.

Es un ataque en pinza. ¡Le están haciendo una pinza! Pensó Rin y oyó a Champlain dar otro de sus gritos ahogados.

Shaw tiró con todo. Las ametralladoras no daban tregua y las ráfagas láser cortaban a decenas de mutas en el aire pero, por cada uno que caía, diez más volaban chillando hacia él.

—¡Lo van a matar! —gritó Champlain—. ¡Tenem...! ¡Tenemos que hacer algo! Mi dispositivo...

Escarbó en su equipo y sacó un aparato tosco del tamaño de una pelota de voleibol.

—¿Me ayudarías...? —tartamudeó Champlain mientras la horda se estrellaba contra el Goliat que se tambaleaba; los mutas le caían más rápido de lo que Shaw podía sacárselos de encima.

Carajo, pensó Rin y tomó el AGR-14.

Corrieron por la cresta bordeando el barranco, Champlain no dejaba de toquetear su bomba de feromonas. Para consternación de Rin, el aparato comenzó a emitir un ruido agudo, chirriante.

Instantáneamente, un grupo de tres mutaliscos levantó vuelo y se lanzó hacia ellos.

Rin comenzó a disparar. Rasgó las alas de un muta y lo vio reventar en una nube de ácido pero los otros ya casi estaban sobre ellos.

Unos metros más adelante de donde estaba Rin, comenzaron a caer gusanos gladia. Ella les disparó y las criaturas se retorcieron y reventaron como maíz en una sartén. Sintió el ácido salpicarle los últimos tres dedos de la mano izquierda y luego un dolor insoportable cuando el ácido comenzó a corroerle la carne y a desprenderle la piel.

—¡Ya casi lo...! —gritó Champlain y entonces un muta pasó rasante.

Rin sintió que el tiempo se hacía lento mientras veía a Champlain tambalearse hacia atrás intentando esquivar el oviscapto. Vio con una claridad inexplicable que el pie de Champlain se trababa en una saliente de la roca, vio cómo cambiaba su centro de equilibrio, lo vio suspendido en el aire de una manera físicamente imposible...

...y luego desaparecer en el barranco.

Rin gritó y soltó el gatillo y sintió que la llenaba por dentro un odio ardiente hacia esas cosas, ¡esas cosas horrendas que no deberían existir!

Fue gratificante ver al muta más cercano explotar cuando unas púas llenaron de agujeros su coraza, gratificante oír al otro chillar cuando la lluvia ácida le dio en toda la cara y lo hizo caer como una piedra.

Rin oyó a Shaw insultar a la distancia, desde la videopantalla del VAL, mientras ella corría hacia el borde del barranco.

—¡Champlain! —susurró—. ¡Champlain! ¡Brad! —Allí abajo, el cuerpo del profesor yacía en una posición antinatural, inmóvil. *No hay forma de saber*, pensó Rin. *Ninguna forma de saber si lo perdimos.*

Se sentó contra un peñasco y se mordió las ansias de gritar, llorar, algo. Más abajo, en el valle, el *Matamoscas* estaba cubierto, horriblemente cubierto, de esas alas llenas de púas. Shaw luchó y luchó y se tambaleó bajo el peso cada vez mayor; el diluvio aborrecible de ácido de un mutalisco tras otro ya estaba penetrando la cabina, la armadura interna y comenzaba a quemar a Shaw en el interior.

Rin sabía que era el fin de Shaw. Eran simplemente demasiados, demasiados para cualquiera. Rin vio a Cicatriz dar vueltas sobre el Goliat destartado, desesperado, casi acabado y sobre el hombre trágico que estaba atrapado dentro. *¿Cuándo fue que le puse nombre?* se preguntó vagamente. Y también *Por Dios, ¿será posible que el maldito muta cauto de Champlain nos va a matar a todos?*

Cicatriz se lanzó en picada. Los otros mutas se abrieron como las ondas de un estanque. Rin vio a Cicatriz enterrar sus mandíbulas en el blindaje que seguía desintegrándose y arrancarlo

entero. Vio a Shaw expuesto a la pesadilla más grande de su vida. Vio a Cicatriz rugir su llamado banshee en la cara de Shaw, "¡Tekeli-li!", y sintió que un temblor le recorría la columna al ver a Shaw inclinarse hacia adelante en la cabina que sería su ataúd y responder con el rugido más fuerte que su voz podía emitir, un grito primitivo de ira contra su torturador.

Fue algo lleno de coraje y Rin sintió una puntada terrible de compasión y afecto por ese guerrero loco, espantoso, que los había condenado a todos, y fue en ese momento de afinidad profunda que Cicatriz clavó una púa violenta en el pecho de Shaw. Rin oyó el sonido tenue del impacto, oyó el grito de Shaw terminar en un gañido de gárgaras y supo que ahora los mutas desataban su frenesí sobre un cadáver que se enfriaba, no sobre un hombre.

Estaba atrapada. Mi único escape es ese Goliat. Pero está cubierto de mutas. Aun si lograra sacárselos de encima, está tan dañado que se me van a echar encima antes de que haga diez pasos.

La herida abrasadora de su mano empeoraba. Rin se arriesgó a echarle un vistazo y le dio una arcada, contuvo las ganas de vomitar, se mordió el labio del dolor.

Mientras esperaba que se le fuera la náusea, Rin miraba la espira odiada, la Roca Yunque que se elevaba detrás de esa monstruosidad, el festín caótico que alguna vez había sido Shaw.

La sangre de los mutaliscos se vuelve altamente corrosiva cuando se la expone a la atmósfera... Las palabras hacían eco en su cabeza. Hay que usar eso que desean a nuestro favor, dijo la voz de Shaw a la luz del calentador. Un mutalisco puede oler una gota de sangre en el viento a dos kilómetros de distancia...

Rin imaginó que se rendía. Imaginó que abandonaba a su suerte a su pobre pueblito vacacional. Imaginó a Rita y a Jasper solos cuando la horda se quedara sin jabalíes ni murciélagos y enfilara hacia el oeste...

Tenía una única opción, que no era realmente una opción pero la alternativa hizo que fuera la única que valía la pena considerar.

Con dolor, Rin se tambaleó hasta el VAL y buscó en su bolso el cuchillo láser que le había prestado el doc Beele. Volvió a aventurar una mirada a su mano izquierda y vio que el meñique, el anular y el mayor eran una masa burbujeante de desechos. Con la correa del bolso entre los dientes, apuntó el cuchillo hacia los dedos arruinados.

Rápido, pensó, como un apósito. Clavó más los dientes en el cuero de la correa, sintió que un riachuelo de sudor le recorría la espalda. Uno... Dos...

Con un solo corte y un dejo de olor a quemado en el aire, Rin se cortó los dedos desde la base bruscamente.

El dolor la atravesó como si se hubiese clavado el cuchillo en el estómago y la visión se le cubrió de puntos desaforados. *No me desmayaré*, se dijo firmemente y mordió la correa casi de lado a lado mientras el mundo volvía gradualmente a enfocarse.

Abrió la cajuela del VAL y sacó el viejo lanzagranadas AGG-12 de su padre. Pensó en la única granada Castigadora que quedaba dentro, que en un día de suerte alcanzaría para eliminar a cinco, tal vez seis mutas que estuvieran muy juntos. *Aun reducidos en número, son como sesenta y cinco contra una.*

La granada tenía veinte años y Rin le rogaba a todos los cielos que el lanzagranadas todavía funcionara. *¿Por qué será que comprar granadas nuevas nunca fue una prioridad en mi lista?* Había al menos diez resmas de hojas membretadas en la oficina sin usar que tranquilamente podrían haber sido una granada adicional. *Hubiese sido tan simple como llenar un formulario más*, pensó.

Mal, Rin, mal. Te estás poniendo grogui. Concéntrate. Tengo que concentrarme y empezar a caminar.

Despacio, en silencio, Rin comenzó a andar en un círculo amplio, rodeando la espira, el Goliat caído y el Yunque. Sentía que el sudor se evaporaba en su cuello, sentía que la piel desprotegida crepitaba al subir el sol.

Por fin, *por fin*, llegó a la parte de atrás del Yunque.

Cuando llegó a la base de la roca se dio cuenta de lo tremendamente enorme que era. *Una escala que te hace sentir diminuta. Una escala que te marea cuando miras hacia arriba, aun si no acabas de pasar por una autoamputación.* La escala le trajo a Rin un recuerdo nauseabundo de los riscos que formaban los cañones cerca del pueblo.

Yo no puedo trepar esta roca, pensó. Y entonces pensó en Jasper y Rita y posó la mano mutilada en la primera saliente.

* * *

El sol le bañaba la espalda mientras ella avanzaba centímetro a centímetro, aterrada, por el relieve escarpado de la meseta. *Estoy cargando con un arma para un tipo 30 kilos más grande que yo y me faltan tres de mis mejores dedos*, pensó. *Perfecto para una principiante.*

Pero siguió escalando.

El crujido y el claqueteo que hacían los mutaliscos que rasgaban el cadáver de Shaw comenzaban a apaciguarse. *Por favor, chicos, aprovechen toda la carne. No me gustaría que me vieran aquí colgada de esta roca de mierda como una uva en una parra.*

A mitad del ascenso, el suelo debajo comenzó a moverse asquerosamente. Rin sintió la bilis en la garganta. *Inútil resistirse.* Vomitó. Sabía que estaba mareada, ahora deshidratada, muriéndose al sol.

Pero siguió escalando.

Finalmente, la mano de Rin cacheteó la superficie plana de la piedra, caliente como un horno (*¡Dios santo, sí!*) y pronto la otra mano se le unió. (*¡Fuerza! ¡Fuerza! ¡Sube un poco más, por favor!*) Y de pronto ya no escalaba más.

Rin se escabulló, con la panza en el suelo, reacia a levantarse, petrificada por lo que podía aparecer en el horizonte. Se arrastró hasta el borde del Yunque. (*¡No mires abajo!*) y miró por la mirilla del AGG-12: del Yunque a la espira, de la espira al Goliat y los huesos viscosos que quedaban ahí. (*¡No pienses en eso!*)

Una oportunidad. No la arruines.

Combatiendo la náusea, Rin presionó entre los dientes la herida de los muñones que alguna vez fueran dedos... y mordió.

Una puntada de dolor renovada, una distorsión total de la vista. *¡Ni se te ocurra desmayarte!*, se ladró a sí misma. Un chorro de sangre, su propia sangre, le llenó la boca.

Ahogándose, carraspeando, a medio camino entre la risa y el llanto, Rin rodó hasta el borde, se asomó...

...y escupió una espray carmesí al viento.

La reacción fue impactante: cien alas curtidas cortaron el aire haciendo un sonido como de tren maglev. La horda formó alrededor de Cicatriz y se alineó ante los ojos de Rin. Ella se aferró al lanzagranadas...

Todavía no...

El chirrido tomado de la mantis aulladora aplastó las tripas de Rin: cincuenta criaturas, todas volando directo hacia ella. "¡Tekeli-li! ¡Tekeli-liiii!". Todas sus terminaciones nerviosas le rogaban que escapara.

¡Todavía no!

¡Estaban cada vez más cerca! ¡A mitad de camino! ¡A tres cuartos! La nube de alas tenía un único designio, un solo objetivo, la enorme masa de zerg buscaba el origen de la sangre como si fuera una única criatura...

Los mutas se habían amontonado. Se habían amontonado en el cielo formando una mancha repulsiva. Y en el momento en que Rin miraba esa mole, una bestia horrible se puso al frente de la columna: ¡una criatura con la quijada llena de cicatrices!

Rin respiró hondo, bajó la mirilla frontal y disparó su única granada.

Baja.

Demasiado baja para darle a ese hijo de puta.

Demasiado baja para siquiera tocar la horda...

...pero perfecta para flotar (*hacer una pirueta, mejor dicho*) formando una parábola elegante...

...y caer directo en el agujero de la espira, sobre el que se encontraba amontonada la horda.

En menos de un segundo la masa entera desapareció en un géiser de baba corrosiva que surgió de la explosión de la espira y los mutas que dormían en el interior. Rin oyó sus gritos estertores, vio caparazones y alas bullir en pleno vuelo, en una tormenta de entrañas tóxicas. Hasta *olió* cómo morían los hijos de puta.

No hay nada más efectivo contra un montón de mutas que el daño por proximidad.

* * *

El descenso fue un borrón de patinadas y tropiezos. El lado del Yunque donde estaba la espira era menos pronunciado, pero Rin se desvanecía y veía cosas que sabía que no podían estar ahí.

Cayó los últimos metros hasta el nivel del suelo...

...y la oscuridad se la llevó.

* * *

Rin se despertó con el ¡Ca-chunk! ¡Ca-chunk! de un Goliat cojo.

¿Dónde? Se preguntó sin prisa mientras el mundo se enfocaba gradualmente.

A medida que la conciencia se hacía más tangible, Rin se dio cuenta de que estaba rebotando dentro del cápsulab anexado al *Matamoscas*, que apenas funcionaba. Sintió un dolor tenue en el antebrazo y, al bajar la vista, vio que un suero intravenoso le devolvía la vida.

—¿Shaw? —murmuró torpemente, tratando de entender la situación.

—¡Alguacil Shearon! ¡Estás despierta! —La voz no se parecía en nada a la de Shaw. Champlain estaba vivo y conducía el Goliat.

Su brazo estaba en un cabestrillo y tenía que manejar los controles que no conocía con una sola mano. Aún así, cuando dio vuelta la cabeza trabajosamente para mirar a Rin, rebosaba de orgullo.

Rin se incorporó un poco más y vio la mitad de arriba de Cicatriz atada al chasis. Las entrañas del monstruo humeaban un poco pero el tórax estaba intacto.

—Te llevaste tu trofeo. ¡Tu pez grande!

Brad volvió a darse vuelta, le sonrió y se acomodó los lentes.

—Sep.

Rin soltó una risa profunda, caudalosa como un río de montaña que brotaba de su boca, como si todo su cuerpo tuviera la necesidad biológica de decir *¡Estoy viva!*

Y Brad comenzó a reírse también.

Pronto, el *Matamoscas* zigzagueaba como un borracho mientras Brad se reía con satisfacción con una mano en la panza, y los dos se rieron juntos un buen rato.

Mientras recuperaba la compostura, Brad resopló y dijo:

—Me desperté cuando hiciste explotar la espira. O, mejor dicho, cuando hiciste ese ruido fuertísimo: yo no sabía qué había sido hasta que salí de esa zanja. No fue fácil con el cúbito fracturado, pero lo logré. Y ahí estaban los dos, la alguacil y el mutalisco, ahí tirados.

—Qué les parece, Brad Champlain —sonrió Rin—: mi héroe.

Volvió la mirada hacia el cadáver humeante y suspiró.

—Supongo que el OIE le apostó al científico correcto. O sea, carajo, consiguieron su animalito y lo único que me costó fue un par de dedos.

Champlain frenó el Goliat, miró hacia atrás y se encogió de hombros.

—No sé. Tal vez tendríamos que hacerlos sudar un poco. Tal vez tendrían que dar algo a cambio. Algo como, no sé... ¿Un par de torretas defensivas de misiles Longbolt?

Rin miró hacia adelante y encontró la mirada pícaro de Champlain, que la hizo volver a sonreír.

—Lo que usted diga, profesor. Usted es el experto.

Y comenzaron a caminar de regreso a casa.

Fin.